

CABADA CASTRO, Manuel: *Crónica de un encuentro-desencuentro cultural. Análisis antropológico de las misiones populares jesuíticas en Galicia*, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 2015, 205p.

Conozco el tema. Mejor, lo viví. Al menos en una ocasión, que yo recuerde. Siendo niño en Castrofeito-O Pino asistí con mis vecinos a una misión en la parroquia limítrofe de Carballal, entonces perteneciente al ayuntamiento de Enfesta y en la actualidad al de Santiago. Era de asistencia voluntaria. A bastante gente, no a toda, le gustaba escuchar aquellos oradores, brillantes y muy teatrales. Conservo vagos recuerdos de la prédica. Lo que sí recuerdo bien, y con agrado, fue la caminata desde nuestra aldea a la iglesia de Carballal y, sobre todo, la vuelta por la noche, entre bromas y risas. Imagino que a los niños no nos asustaba demasiado la amenaza de la muerte y del infierno.

El libro de Manuel Cabada Castro está dedicado a estudiar la dinámica de las misiones populares en Galicia, en concreto de las misiones jesuíticas. Manuel Cabada, doctor en filosofía por la universidad de München y por la Complutense de Madrid, ya había editado un interesante trabajo de antropología, *A rapa das bestas de Sabucedo*, su tierra natal, en el que analiza el origen de esa fiesta y su relación con la iglesia parroquial, y en el que hace una acertada valoración antropológica.

Las misiones populares, que se remontan a la Edad Media, eran una práctica habitual a principios del siglo veinte. Los años cincuenta fueron los de mayor afán misionero. Para comodidad de los campesinos, se celebraban con preferencia en los meses de menos actividad agrícola. Acudían, además de los vecinos de la parroquia, numerosos devotos de parroquias vecinas, a menudo guiados por su párroco y por la cruz parroquial. El ambiente

---

Recibido: 29/10/2015. Aceptado: 29/10/2015.

y el tono teatral las convertía, en esos años de escasa variedad de ocio, en actos de asistencia masiva. Como recuerdo fijaban en una de las paredes del templo, bien en el interior, bien en el exterior, una cruz de madera o de mármol con la fecha de la celebración. En muchas iglesias rurales todavía se conservan.

Eran prédicas intensivas, de varios días, casi siempre a cargo de predicadores especializados pertenecientes a una orden religiosa y costeadas por la parroquia o por algún devoto. Los misioneros, que se esforzaban en reavivar la fe de los creyentes y en combatir los pecados y los errores, recurrían a la descripción apasionada y tremenda de la muerte y de las penas del infierno.

Los jesuitas también participaron. Manuel Cabada en su libro describe y analiza, desde el punto de vista antropológico, las ricas y detalladas informaciones que de su actividad en Galicia dejaron algunos misioneros. Sus crónicas y diarios aportan una información valiosísima.

El autor hace un pormenorizado análisis del encuentro y desencuentro entre los misioneros y los campesinos. Los misioneros, que muchas veces desconocen el gallego y son víctimas de prejuicios, critican el mundo —en su opinión— mágico de las sabias, brujas y adivinas. Por ejemplo, Santos y Conde, en su visita a la parroquia de Santa María de Fisteus-Curtis, hablan de la «rudeza de aquellos montañeses», y de que «aquella gente de origen céltico y griego vive a lo primitivo». Los labriegos, por su parte, a menudo se rebelaban ante actitudes de este tipo.

Me parece especialmente interesante —por alejado en el tiempo y en la sensibilidad— el apartado en el que el autor describe los recursos escénicos. Los misioneros utilizaban estrategias que tendían a conmover a los oyentes. Todas las religiones, sobre todo en el ritual, se valen de recursos teatrales. En la sociedad laica actual se emplean sobre todo en la política. En los púlpitos católicos son menos frecuentes y desde luego menos efectistas que en las misiones populares. Por eso el documento es de gran interés histórico y antropológico. Claro que debe ser leído sin prejuicios. Algo bien difícil en una sociedad como la nuestra que escamotea la realidad de la muerte.

Un par de ejemplos. En una de las misiones el predicador hace que retiren la imagen de la Virgen de los Dolores. “Una vez que la Señora esté oculta —instruye el misionero Santos— procurará el predicador, sin transición repentina, disponer a los oyentes para que deseen que vuelva al concurso y, llamándola con palabras tiernas y cariñosas, sea recibida por todos con muestras de amor”.

Santos también explica cómo debe disponerse el “aparato” relativo a la muerte: “El día antes de predicar el sermón de la muerte se avisa al pueblo que mañana habrá una función en que predicará un predicador del otro mundo, añadiendo que no asistan las personas que estén delicadas o que no tengan valor para oírle”. Para hacer el aparato “se pone el túmulo próximo al altar mayor, según se acostumbra el día de la conmemoración de los difuntos, con una calavera encima, que se pueda ver desde cualquier parte de la iglesia, cubierta con un paño negro, y en el momento dado se descubre por el señor cura o por el sacristán... Un sacerdote revestido de sobrepelliz y banda negra sube al púlpito en el tiempo convenido e, inclinada la cabeza y tomando con los extremos de la banda la calavera, la mueve a un lado y a otro según lo indique el predicador”.

Un libro escrito con finura, muy documentado y que nos aproxima a un fenómeno religioso que, sin duda, resultará una novedad para mucha gente, incluso para investigadores de la religiosidad popular. Una excelente contribución, en suma, a un aspecto importante —con sus luces y sus sombras— de la cultura popular en Galicia.

Xosé Ramón Mariño Ferro